

Sociedad y medio ambiente: cosmovisiones, límites y conflictos

Josep Lobera Serrano

Profesor de sociología de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM).
Investigador del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset (IUIOG)

Cuando se cumple un siglo de la emergencia de la producción en masa y la obsolescencia programada como ejes centrales de la ordenación económica, nos encontramos en un momento crítico del desarrollo de ese modelo al llegar a algunos de sus límites ecológicos y sociales en su expansión y reproducción. ¿Cómo abordar las relaciones entre la sociedad y el medio ambiente? ¿Son algo nuevo las tensiones que experimentamos hoy entre sociedad y medio ambiente? ¿Podemos comprender estas relaciones sin analizar nuestra propia manera de pensar? Estas y otras preguntas nos llevan a reflexionar sobre la relación entre cosmovisiones, límites y conflictos socioambientales.

Complejidad y conflictos

Feliz la historia que se lee con aburrimiento, decía Montesquieu. Pues desgraciadamente la historia ambiental es de todo menos aburrida: desde los conflictos socioambientales vinculados a la deforestación de la costa mediterránea durante la época clásica, pasando por el colapso de sociedades en sistemas cerrados, como las islas del Atlántico Norte en el siglo X, hasta los millones de desplazados ambientales, los cambios en la composición de los gases atmosféricos y las extinciones de especies durante el último siglo.

Del análisis de la historia ambiental se extraen varias conclusiones. La primera, la complejidad. Sociedad y medio ambiente están en continua interacción, ligados de manera interdependiente. Por un lado, las sociedades dependen del medio en el que se encuentran, están condicionadas por él y se adaptan a sus cambios o decaen. Por otro lado, al modificar su entorno, las sociedades generan cambios que condicionan sus propias dinámicas. Así, para comprender una u otro, sociedad y medio ambiente, no podemos disociarlos, sino que debemos aproximarnos a ellos como partes de un mismo sistema: el socioambiental. Así pues, el paradigma de la complejidad, como se ha ido apuntando cada vez con más fuerza en los últimos años, es una propuesta conveniente para abordar la comprensión del sistema socioambiental, ya que sus problemáticas sobrepasan las fronteras de las disciplinas tradicionales. Este paradigma, sin embargo, se enfrenta con el importante reto de cambiar la cultura predominante de análisis. Es cada vez más frecuente, pues, que nos encontremos con la paradoja de necesitar analizar problemas cada vez más complejos mientras que, por otro lado, desde la academia se tiende (tendemos) a la hiperespecialización y a analizar espacios cada vez

más restringidos de la realidad, perpetuando la vigencia de la crítica orteguiana al bárbaro especialista.¹

Una segunda constatación que se desprende del análisis histórico de los conflictos socioambientales es que los impactos humanos sobre el entorno, y las preocupaciones sobre estos impactos, no son un hecho reciente. El ser humano ha estado siempre en continua interacción con su medio y esta interacción no ha estado exenta de tensiones. Como apuntan geógrafos como Terán, Santos o Capel, la conciencia de estos conflictos vinculados a la transformación de las condiciones del entorno está íntimamente ligada al proceso mismo de humanización. La historia de la relación entre sociedad y naturaleza ha sido, en todos los lugares habitados del planeta, la historia de «la sustitución de un medio natural por un medio cada vez más artificial, sin que este lo sea plenamente».² Esta “humanización” del entorno, desde sus inicios, ha conllevado conflictos socioambientales.

Los conflictos son, por lo tanto, un elemento central en la interacción entre las sociedades y su entorno, siendo una de las fuerzas principales que intervienen en el desequilibrio dinámico propio del sistema socioambiental. Estos conflictos se manifiestan por tensiones entre diferentes actores con intereses materiales y/o ideales que son excluyentes entre sí en el entorno socioambiental (entendido como sistema), es decir, cuando esos intereses se contradicen o no se pueden dar de forma simultánea. Como señala Mariana Walter en un número anterior de *ECOS*, se trata de procesos que tienen un desarrollo temporal en el ámbito público y que pueden ser analizados «en términos de ciclos o series de ciclos, con un inicio, un desarrollo y un cierre, que puede ser parcial o total», y que aluden «a una dinámica de oposición, controversia, disputa o protesta de actores».³ La complejidad del sistema socioambiental hace que a menudo las dinámicas de los intereses de uno o más actores entren en contradicción por consecuencias no previstas por ninguno de los actores.

La conciencia de los conflictos socioambientales y, en concreto, del impacto negativo sobre los seres humanos de una cierta transformación del entorno está presente desde la antigüedad. Platón ya se lamentaba de los efectos negativos que producía la deforestación de los cerros sobre las mismas ciudades que los roturaban y Séneca advertía de la fragilidad de los «resortes de la naturaleza». En diversas sociedades, la constatación de estos conflictos ha hecho emerger la conciencia de la interdependencia de la propia actividad humana con el entorno. En estas situaciones, el ser humano es consciente que la degradación del entorno natural repercute negativamente en las condiciones que determinan su propia supervivencia. Habitualmente esta conciencia se ha traducido en un interés pragmático por conservar el entorno del que dependen para su supervivencia, alejado de la concepción romántica de la naturaleza.⁴

Existen numerosos rasgos comunes entre los conflictos socioambientales preindustriales y los actuales. Sin embargo, algunas de sus características actuales son

¹ J. Ortega y Gasset, «Misión de la Universidad», *El Sol*, oct-nov., 1930.

² M. Santos, *La naturaleza del espacio*, Ariel, Barcelona, 2000.

³ M. Walter, «Conflictos ambientales, socioambientales, ecológico distributivos, de contenido ambiental... Reflexionando sobre enfoques y definiciones», *Boletín ECOS* nº 6, febrero-abril 2009, CIP-Ecosocial. http://www.fuhem.es/media/ecosocial/file/Boletin_ECOS/Boletin_6/Conflictos_ambientales_M.WALTER_mar09_final.pdf

⁴ Para una reflexión más detallada de este punto, véase, por ejemplo, el apartado sobre el conflicto socioambiental en las sociedades preindustriales en J. Lobera, *Sostenibilitat, participació i educació: les concepcions del món i de la tecnociència en la transformació dels conflictes socioambientals*, Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Cataluña, 2010, pp.41-48. <http://www.tesisred.net/bitstream/handle/10803/5825/TJALS1de1.pdf?sequence=1>

novedosas y están vinculadas con lo que se conoce como la cultura del riesgo.⁵ Los conflictos socioambientales ya no sólo afectan a los pobladores de las regiones en las que estos conflictos se producen ni están limitados a ventanas temporales relativamente cortas, como ocurría en las sociedades preindustriales. Por el contrario, en el momento actual las tensiones entre sociedades y medio ambiente incluyen por primera vez cambios planetarios y persistentes en el tiempo.

Cosmovisiones

Los conflictos socioambientales están impulsados por los intereses materiales e ideales en juego; pero son las cosmovisiones de los distintos actores las que dominan las formas y las dinámicas en las que estos conflictos se desarrollan. Este carácter central de la cosmovisión, que apuntó Weber, nos ayuda a comprender la acción social, también en el campo socioambiental. No es casualidad, pues, que el aumento exponencial de los impactos de las sociedades sobre el entorno cuando se industrializan coincide, además de con un cambio de organización económica, con un cambio en la cosmovisión predominante en estas sociedades. La cosmovisión moderna se consolida en el siglo XIX y se fundamenta en la progresiva expansión de la mentalidad industrial y mecánica,⁶ que separa conceptualmente al hombre de la naturaleza, lo objetivo de lo subjetivo. El mito del progreso ilimitado, aquel que nos conduce a la Nueva Atlántida descrita por Francis Bacon, parece incuestionable.

De manera muy sintética, se pueden identificar dos elementos en el giro cosmovisional que supone la imagen moderna del mundo: el primero, la promesa. La visión moderna (mecánica, cartesiana, baconiana) del mundo despierta entusiasmos y nuevos adeptos a cada nuevo logro: es capaz de predecir el movimiento de los astros, de mover al ser humano a mayor velocidad, de acoplarse con el comercio de ultramar para desarrollar nuevas fuentes de enriquecimiento, «¡Qué no podrá lograr el ser humano aplicando la ciencia!». Ese entusiasmo se traduce en una promesa de progreso ilimitado, de fe ciega en la modernización. La naturaleza, pues, ya no será un problema. Puede ser sometida, controlada. Cualquier tensión que se desprenda de su manipulación podrá ser superada sin demasiada dificultad por la misma propuesta de intervención: la tecnociencia.

El segundo aspecto, vinculado con el anterior, es la religión: Dios mismo conduce el tren del progreso, en la poesía de Campoamor. Esto no es casualidad. El origen mismo de la idea de progreso presenta una profunda motivación y trasfondo religiosos. Autores tan influyentes como Francis Bacon impulsan la idea de progreso tecnocientífico como el camino a la de redención, el retorno al Edén perdido. La revolución científica surge en un mundo impregnado de religión. Su concepción se acopla a los marcos de pensamiento religiosos y la ciencia acerca el ser humano a Dios: por un lado, la ciencia permite conocer mejor la obra divina (leer su “texto natural”), por otro lado, permite acercarse al ser humano al paraíso perdido. Sin duda surgirán situaciones de tensión entre los estamentos religiosos y el avance de la ciencia, pero no por ello deja de tener un carácter mesiánico, conteniendo su mito, a la vez, la naturaleza divina de la ciencia y, por otro, la promesa de salvación que conllevará su aplicación.

⁵ P. Lagadec, *La civilisation du risque*, Seuil, París, 1981.

⁶ Recordemos la poesía de Ramón Campoamor, que caracteriza de manera muy acertada la imagen moderna del mundo y el mito del progreso ilimitado: «¡Alto al tren! Parar no puede. / ¿Este tren a donde va? / Caminando por el mundo, en busca del ideal. / ¿Cómo se llama? Progreso. / ¿Quién va en él? La humanidad. / ¿Quién lo conduce? Dios mismo. / ¿Cuándo parará? Jamás».

El entusiasmo de los intelectuales occidentales por la *Weltbildung* moderna llega a querer trasladar las recetas de la lógica industrial a los problemas sociales. En la nueva cosmovisión, los problemas de la sociedad ya no dependen de su fidelidad a la ley divina, sino de su eficacia y la eficiencia de la organización social industrializada, la naturaleza se concibe como un objeto a ser dominado y aparece la tecnocracia como resultado de la aplicación de la nueva lógica tecnocientífica a la organización social.

Límites

En septiembre de 2009, la revista *Nature* publicó un artículo en el que se identificaban nuevos límites biofísicos globales «que no deben ser sobrepasados» si se quieren evitar alteraciones medioambientales «inadmisibles». ⁷ Los parámetros que no deben ser superados se encuentran en el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, las interferencias en los ciclos globales del nitrógeno y del fósforo, la destrucción de la capa de ozono, la acidificación oceánica, el consumo global de agua dulce, los cambios en el uso de la tierra, la contaminación química y la concentración atmosférica de aerosoles. El artículo expone que los límites de seguridad en los tres primeros parámetros ya se han excedido y asegura que el aumento del impacto humano en el medio que se ha registrado desde la revolución industrial hace peligrar la estabilidad biofísica de la que ha disfrutado la humanidad durante los últimos 10.000 años.

La idea de unos “límites al crecimiento” se ha extendido en las sociedades occidentales desde finales de la década de los sesenta, y especialmente desde la publicación del Informe Meadows en 1972, hasta el punto de estar integrada en la visión del mundo de una parte significativa de nuestra sociedad. Esta idea entra en colisión con el paradigma dominante del progreso ilimitado que ha orientado la actividad en los últimos siglos, tanto en las economías capitalistas como estatistas. Este conflicto entre imágenes del mundo distintas no es amable, ya que la idea de límites pone en cuestión dinámicas e intereses que están en el núcleo de la actividad social y económica predominante hasta hoy.

El aumento de la productividad que se deriva de la aplicación del taylorismo y el fordismo en la organización industrial, provoca una basculación de las preocupaciones de las élites económicas en la segunda década del siglo XX. Las nuevas organizaciones del trabajo revelaron que era más fácil fabricar los productos que venderlos, por lo cual buena parte de los esfuerzos empresariales se desplazaron hacia la comercialización. Charles Kettering, directivo de General Motors, señaló en 1929 que «la clave de la prosperidad económica consiste en la creación organizada de un sentimiento de insatisfacción». ⁸ General Motors ya había empezado a introducir cambios en cada modelo anual de sus automóviles y lanzó una intensa campaña de publicidad destinada a hacer que los consumidores «estuvieran descontentos con el coche que ya tenían». La comercialización, en la sociedad de consumo, se encuentra con una nueva misión: la necesidad de fabricar consumidores, además de productos. Así, la publicidad, el marketing y las técnicas de venta cobran cada vez mayor importancia y se reorientan hacia la promoción de un nuevo estilo de vida: el consumismo.

La figura del *consumidor insatisfecho* acompaña, así, el modelo productivo basado en el crecimiento continuo y ambos constituyen aspectos centrales de nuestra organización económica. ¿Qué ocurre cuando se extiende, a lo largo de las últimas cuatro décadas, la idea de límites al crecimiento?: una colisión de cosmovisiones e intereses. Así, junto a la idea de límite, se desarrollan propuestas económicas basadas

⁷ J. Rockström, *et al.*, «A safe operating space for humanity», *Nature*, nº 461, 2009, pp. 472-475.
<http://www.nature.com/nature/journal/v461/n7263/full/461472a.html>

⁸ Citado en J. Rifkin, *The End of Work*, G.P. Putman, Nueva York, 1996.

en el decrecimiento del consumo tradicional y el aumento de la satisfacción de las necesidades humanas. Estas propuestas económicas (u oikónicas) plantean un esquema de producción-consumo que se encuentra en las antípodas de las bases de la economía de los últimos cien años: menor transformación energética y material, mayor satisfacción de las necesidades. Para ello se plantea el desarrollo de satisfactores sinérgicos, dentro de la actividad oikónica, que permitan esa mayor satisfacción de las necesidades humanas con menores niveles de entropía.⁹

A modo de conclusión: la sostenibilidad activa

La sostenibilidad se ha incorporado, así, al conjunto de imágenes que nuestra sociedad tiene sobre el mundo y sobre sus capacidades para satisfacer las necesidades humanas. Originalmente definida en el informe Brundtland como la característica que debe tener una sociedad por cubrir las necesidades actuales de las personas que la forman sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras por cubrir sus propias necesidades, observamos que la noción de sostenibilidad ha perdido una definición y se ha convertido en un término plástico (*plastic word*), con más de trescientas definiciones con significados diferentes. La sostenibilidad, como concepto, ha perdido un significado concreto y se ha convertido en una idea general, en una noción utópica que marca una dirección sobre la cual avanzar.

Esta noción utópica es tan necesaria hoy como las ideas de democracia y justicia, dado el contexto socioambiental actual. Así, la sostenibilidad no consiste en un estadio, sino que, como los términos democracia o justicia, gravita a la vez en un horizonte y en una práctica cotidiana orientados hacia el análisis de los conflictos socioambientales y hacia su transformación, con el objetivo de garantizar la satisfacción de las necesidades de las generaciones actuales y futuras. La sostenibilidad, pues, es un concepto en construcción en torno a la búsqueda compleja de la satisfacción de las necesidades humanas en un contexto ecológico de dinamismo estabilizado, es decir una solución a la satisfacción de las necesidades que pueda ser duradera en el tiempo.

Ese estadio ideal que supone la sostenibilidad, esa dirección sobre la cual avanzar, requiere de cambios sociales parecidos a los que se produjeron con la introducción de ideales similares en la sociedad, como la democracia y la justicia. Tales cambios no pueden tener lugar sin la participación de la ciudadanía. ¿En qué consiste la participación ciudadana en la sostenibilidad? ¿Qué tipos de participación podemos identificar?

Los mecanismos de participación relacionados con la sostenibilidad son diversos, desde la contribución responsable a la gestión de los residuos o en el consumo de recursos hasta la participación activa en la toma de decisiones y la transmisión de los valores sociales asociados a la sostenibilidad. Podemos hablar de un componente “pasivo” de la participación cuando las actuaciones de la ciudadanía se limitan a adecuarse al cambio de hábitos planificado desde las instituciones. En este modelo *top-down*, el ciudadano contribuye, consciente o inconscientemente, a las líneas generales marcadas por las instituciones, como por ejemplo la recogida selectiva de desechos o la aplicación de recomendaciones para el ahorro de energía.

⁹ Ver, por ejemplo, el enfoque del desarrollo a escala humana en M. Max-Neef, A. Elizalde y M. Hopenhayn, «Desarrollo a escala humana», *Development Dialogue*, CEPAUR y Fundación Dag Hammarskjöld, Santiago de Chile, 1986. http://www.dhf.uu.se/pdf/86_especial.pdf

Sin embargo, como recuerdan autores como Subirats y Brugué, no es viable una transformación que sólo esté dirigida «desde arriba».¹⁰ Todas las políticas orientadas a la mejora de la sostenibilidad necesitan incorporar procesos de participación activa y creativa, y por lo tanto consciente, por parte de la ciudadanía. Estos procesos de participación activa son fundamentales para la solución de los conflictos socioambientales e incluyen ámbitos como, por ejemplo, la toma de decisiones, el debate social, la elaboración de materiales docentes, la busca activa de información, la organización comunitaria orientada a la solución de un conflicto, la organización de una jornada de sensibilización, etc. En la dimensión “activa” de la participación para la sostenibilidad, o “sostenibilidad activa”, podemos diferenciar seis tipos de procesos: la información, la comunicación, la consulta, la deliberación, la toma de decisiones y la acción creativa.¹¹ Estos tipos de participación se dan, en mayor o menor medida, en los procesos de cambio hacia la sostenibilidad que se llevan a cabo en distintos puntos del planeta a raíz del cambio cosmovisional que ha supuesto la expansión de la idea de límites al crecimiento y de insostenibilidad de la degradación socioambiental.

Asistimos, pues, a la colisión entre dos cosmovisiones, la moderna (predominante) y la *sostenibilista* (emergente): por un lado, el sistema socioeconómico predominante durante el último siglo, basado en la visión moderna del mundo y orientado, como señala Rifkin, hacia la producción de consumidores insatisfechos; por el otro, las propuestas decrecentistas y socioambientalistas, basadas en el ideal de la sostenibilidad y orientadas a la satisfacción sinérgica de las necesidades. Esta colisión de cosmovisiones, ciertamente, no es amable. Entran en conflicto numerosos intereses materiales e ideales y pone en jaque estructuras, instituciones y recorridos vitales. Sin embargo, la síntesis es inevitable: la incorporación de los principios ideales de la sostenibilidad a la sociedad, para hacer posible un sistema productivo viable, basado en el uso sostenible de los recursos para satisfacer (de manera sinérgica, no puede ser de otra manera) las necesidades humanas. La (r)evolución de las cosmovisiones, los límites y los conflictos sigue estando en marcha: libertad, igualdad y sostenibilidad.

¹⁰ J. Subirats; Q. Brugué, «Elementos de crisis y transformación institucional», VVAA, *Repensar la política*, Icaria, Barcelona, 2007, p. 81.

¹¹ Sobre la sostenibilidad activa y los tipos de participación ver, por ejemplo, J. Lobera, «Insostenibilidad: aproximación al conflicto socioecológico». *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Vol. 4, (11), 2008, pp. 53-80. <http://oeibolivia.org/files/Volumen 4 - Número 11/doss02.pdf>